**Sobrarbe y Aragón**

Los fugitivos de Huesca, Zaragoza, Barbastro y otras poblaciones de la tierra más llana, buscaban en la montaña un asilo, escondiéndose de las huestes agarenas (1), enseñoreadas ya de sus queridos hogares. Al abrigo del monte Oruel y del monte Pano, llamado después de San Juan de la Peña, lloraron muchos la desgracia de su religión —p. 297— y de su patria. La mancomunidad de sentimientos les reunía en las ásperas cimas que circuyen (2) los pintorescos valles de Jaca.

Principalmente el monte Pano, considerado inexpugnable, fue el punto de cita de los varones de indómita raza que miraban como un eterno baldón el dominio del alfanje agareno. Y reunidos allí en gran número, levantaron rústicas viviendas y protegieron el santuario de sus creencias con una improvisada fortaleza. Tal fue el origen de la célebre *ciudad de Pano*, motivo de muchas controversias, y muerta apenas nacida, según la versión de antiguas crónicas. El walí (3) de Zaragoza, Abdalasis, o más probablemente su primo Ayub, queriendo destruir en su origen aquella resistencia que se organizaba, aprestó un numeroso ejército de bereberes (4), atacó el monte, asaltó a Pano, y pasó a cuchillo a sus bravos defensores, que resistieron hasta el último trance con heroísmo digno de mejor suerte.

Pocos cristianos habían escapado con vida, y estos pocos buscaron refugio en cuevas y ocultas guaridas, en tanto que su número aumentaba con los que, animados del espíritu religioso, del patriotismo y del sentimiento de su dignidad, iban cada día a engrosar las filas de los independientes. Un suceso providencial hubo de reunir en una todas aquellas voluntades dispersas, haciendo más práctico su ardiente anhelo.

Cierto día cazaba por el monte Pano el noble cristiano de Zaragoza Voto, o bien Otto, cuando, arrastrado por fogoso corcel e impelido por su ardor en el perseguimiento de un herido ciervo, dio consigo en tierra, y en sitio tan fatal (5), que, resba—p. 298—lando hasta el borde de una tajada (6) peña, se vio arrastrado a un espantoso precipicio. La altura era inmensa, la caída mortal, y sin embargo hubo de admirarse nuestro horrorizado caballero de verse sano y salvo en tierra, al pie de la terrible sima (7). Creyó en un milagro y se confirmó plenamente en esta idea, viendo, al ir en busca de su desbocado (8) caballo, una pequeña ermita, al pie del monte Pano, ante la cual se había parado el noble bruto, y delante del santuario el incorrupto cadáver de un santo cenobita (9). Aquella ermita estaba dedicada a San Juan Bautista, y aquel cadáver era de Juan de Atarés. Juan, dicen las crónicas, era un varón justo, un cristiano entusiasta, que lleno de santo fervor y tristemente impresionado por las desgracias de la patria, determinó retirarse a la vida ascética, estableciendo su morada en la soledad y convirtiéndola en santuario. Allí, entregado a devotas prácticas, expiró santamente, orando por el triunfo de su religión veneranda (10). El nombre de Juan de Atarés se leía claramente en la blanca piedra sobre la que estaba apoyada la cabeza del cadáver.

Otto comunicó a su hermano Félix el venerable hallazgo, contándole los pormenores de su caída milagrosa, y agradecidos ambos a tan señalado favor del cielo, hicieron voto de consagrar al exclusivo servicio de Dios el resto de sus días, imitando el ejemplo de Juan de Atarés.

Desde aquel día el monte Pano se llamó monte de *San Juan de la Peña*; desde aquel día cundió la fama de santidad de los dos hermanos, los nobles caballeros Voto y Félix, y aquella pobre cueva, aquella solitaria ermita, solo amparada por los —p. 299— seculares troncos de la selva, aquel pequeño oratorio dedicado a San Juan Bautista, fue ya visitado por el afligido que, en sus cuitas, iba en busca de palabras de consuelo, y pronto encontraron allí alivio a sus aflicciones centenares de dolientes. La fama de los santos eremitas se extendía; otros penitentes les pedían amparo, construyeron allí cerca sus cabañas y se entregaron a la misma vida. EL monte de San Juan parecía el punto de cita de todos los cristianos refugiados en aquella parte del Pirineo.

Las continuas exhortaciones de Voto y Félix surtieron su efecto. Cobrados del primer espanto los cristianos, reuniéronse en asamblea general los más notables; concertaron el mejor medio de oponerse a la morisma (11), y allí se enarboló la bandera que había de tremolar (12) sobre las ruinas del imperio mahometano.

Faltábales un caudillo, y lo eligieron y proclamaron. El nombre del Pelayo aragonés, levantado sobre el escudo, era el de *Garci-Jiménez*.

Examinadas las circunstancias de todas las plazas y pueblos que ya ocupaba el moro en los montes, parecióles Ainsa la más fácil de sorprender, ya por su escasa guarnición, ya por el estado de sus fortificaciones. Y después de implorar fervorosamente el auxilio del cielo, en la cueva de Pano, Garci-Jiménez, al frente de trescientos bravos, dejó a la izquierda el monte Oruel, y siguiendo la canal (13) del Guarga, pasado el Gállego, llegó a los campos de Ainsa.

Llegar, asaltar y vencer, fue obra de un día. La guarnición de Ainsa, inesperadamente atacada, resistió poco y dio una victoria fácil a los cristianos. —p. 300—

Importante era ya la toma de aquella plaza; pero el efecto moral de aquella acción había de ser mayor todavía. Jamás hubieran imaginado los bereberes tanta osadía en los cristianos; por lo que, poniéndose de acuerdo los jéiques (14) de las fronteras, se dispusieron apresuradamente a subir a Ainsa, con todas las fuerzas disponibles, para castigar la insolencia de Garci-Jiménez y los suyos. Los cristianos, peor armados y en menor número, no se amedrentaron, sin embargo; y, en vez de esperar el ataque dentro de los muros del pueblo, salieron fuera, dispuestos a librar campal batalla (15).

Rompiéronse las hostilidades; peleóse con fiero valor de una y otra parte, y era muy dudoso el éxito, cuando sobre una encina apareció una resplandeciente cruz roja, dando el prodigio nuevo aliento a los cristianos. Atacaron estos con nuevo brío, y pronto quedó el campo por suyo. Todo el ejército de los bereberes había desaparecido, no quedando allí más que muertos y cautivos. El escudo de armas de Aragón ostenta todavía, en uno de sus cuarteles, la cruz roja de Sobrarbe, sobre la venerada encina.

Después de la conquista de Ainsa, dejaron los cristianos una fuerte guarnición en la villa y volvieron triunfantes a la cueva de Pano para dar gracias al Dios de los ejércitos con aquellos santos anacoretas (16) que habían sido sus principales consejeros. Dícese que allá, hacia el año 724, fue proclamado Garci-Jiménez rey de Sobrarbe, es decir del pequeño territorio de unas doce leguas de N. a S., y otras tantas de E. a O., cuyo centro y capital era Ainsa. Afirman otros que el tí—p. 301—tulo de soberano solo se concedió a su sucesor Iñigo, llamado *Arista*, el roble, el fuerte, después de una memorable victoria alcanzada contra los agarenos en las inmediaciones de Arahuest, donde se reprodujo un segundo milagro, apareciendo, para animar a las huestes cristianas, una cruz blanca en el cielo, cruz blanca que, en campo azul, se ve también en el cuartel (17) superior de la derecha del escudo de Aragón. El relato de estos sobrenaturales prodigios, repetidos de generación en generación con admirable candidez; el relato de la aparición de la cruz de Sobrarbe, como de Santiago en Asturias y en la batalla de Clavijo, y de San Jorge en el campo de Alcoraz, son hechos que, cuando menos, hablan con elocuencia a favor de aquella sencilla fe de nuestros padres que tan sublime heroísmo inspiraba.

Por aquel tiempo, dícese que los cristianos mandados por cierto Aznar, a quien el rey, en su expedición a Navarra, había confiado las fuerzas que quedaban en San Juan, tomaron por asalto la ciudad de Jaca en 769. Este hecho dio origen al *condado de Aragón*, pequeña comarca comprendida entre dos ríos que llevan este nombre, y Aznar fue el primer conde dependiente del rey de Sobrarbe.

Garci-Íñiguez, que sucedió a su padre Iñigo, casóse con la hija del conde de Aragón, y, al morir su suegro, heredó este condado que conservaron siempre sus sucesores.

Parece también que el título de *rey de Aragón* que figura más tarde, se confirió ya a Sancho Garcés, llamado Abarca, por el calzado con que se presentó en Jaca, en la asamblea de notables, —p. 301— ricos-hombres (18) y barones que le proclamaron.

Así, pues, el nombre de Sobrarbe, que, según advierte Zurita, no viene a significar la cruz *sobre el árbol*, como pretendieron algunos, sino país *sobre* la sierra de *Arbe*, quedó poco a poco reducido a un recuerdo histórico, principalmente cuando las fronteras de Aragón empezaron a ensancharse de una manera notable en el reinado de Ramiro I, el hijo primogénito de Sancho el Mayor. Esto, no obstante, desde D. Gonzalo a Pedro III y su hijo D. Jaime, el soberano de Aragón se tituló siempre *rey de Sobrarbe*.

Y fáltame tan solo añadir, para completar esta rápida ojeada, que a los primeros tiempos de Sobrarbe, en que era electivo el monarca, se refieren algunos interregnos (19), durante los que se hicieron ensayos de república más o menos popular, forma de gobierno aconsejada por las circunstancias o tal vez por abusos de los que primero se titularon reyes.

A aquellos tiempos refiérense igualmente los debatidos fueros de Sobrarbe, de verdadero espíritu democrático, y hasta la creación de la célebre magistratura del Justicia, llamada a ser el poder regulador entre las extralimitaciones del rey y los derechos capitales del pueblo.

(1) agarenas: musulmanas

(2) circuyen: rodean

(3) walí: gobernador de una provincia en los estados musulmanes

(4) bereberes: pueblo de Africa septentrional

(5) fatal: desgraciado

(6) tajada: cortada verticalmente

(7) sima: precipicio, despeñadero

(8) desbocado: espantado, sin obedecer al bocado

(9) cenobita: monje

(10) veneranda: venerable

(11) morisma: los moros, en su conjunto

(12) tremolar: ondear

(13) canal: cauce, acequia

(14) jéiques: gobernadores de un territorio

(15) batalla campal:

(16) anacoretas: religioso apartado del mundo, entregado al rezo y la penitencia

(17) cuartel: división de un escudo

(18) ricos-hombres: miembros de la alta nobleza, ricos y poderosos

(19) interregnos: espacio de tiempo sin soberano